

SS. MM. en el salon de descanso. Como uno de los asistentes espresara á la Emperatriz su profunda alegría por verla salva.—Yo no he tenido miedo, contestó la noble señora. Entonces se apercibió el sombrero del Emperador agujereado por un proyectil, una mancha de sangre en el ángulo oscuro de un ojo y una herida imperceptible que habia escorchado una de las alas de la nariz, y cuya huella de sangre habia dilatado hasta su rostro el Emperador llevando la mano.

Entonces fue cuando el Emperador, por un movimiento de profunda piedad hácia todos los desgraciados sacrificados cumpliendo con su deber, quiso salir para ir á dirigir los socorros que debian suministrárseles. MM. Royer y Vaez, el general Roguet, el conde Baciocchi, rodearon respetuosamente á S. M. suplicándole en nombre del bien de la Francia, no se espusiera á nuevos peligros. Entonces poseída de una altivez magnánima y de una generosa indignacion la digna compañera de Napoleon III, quiso sacarle consigo tambien y exclamó: «¡Señor, hagámosles ver que no somos cobardes como ellos!» Uno de los asistentes cerró la puerta.

El Emperador no renunció á su designio hasta despues de haber dado las órdenes mas formales para la visita de los heridos, y solamente entonces subieron SS. MM. la escalera que conduce á su palco.

Dábase aquella noche una representacion á beneficio de M. Massol: acababa de terminarse un acto de *Guillermo Tell*, y se iba á comenzar otro de *Gustavo*, despues del cual debia la Ristori representar *María Stuardo*. El teatro estaba lleno. Al ruido de las detonaciones, amortiguado para los que lo oian de lo interior, recorrió toda la sala una inquietud rápida. Los espectadores creyeron que seria alguna explosion de gas; pero cuando se supo la verdad, y aparecieron SS. MM. en el palco, les saludó una inmensa aclamacion.

El orden principiaba á restablecerse en lo exterior. Las personas mas gravemente heridas habian sido trasportadas á los hospitales Lariboisiere y Dubois; las calles Le Pelletier y Rossini, el pasage de la Opera habian sido evacuados: se registraban las casas, se interrogaba á las personas sospechosas.

De las primeras declaraciones de los testigos oculares, resuelto el hecho de que habian sido lanzados los proyectiles de la última fila de los curiosos que ocupaban las aceras del otro lado de la calle Le Pelletier, delante de la casa, que lleva el núm. 25 y enfrente de la entrada principal del peristilo de la Opera. Los asesinos habian tenido, pues, la bárbara precaucion de resguardarse detrás de la gente.

Un mozo de la fonda, Claudio Williaume, habia encontrado al dejar el sitio del atentado, en la acera de la calle Rossini, arrimado al muro de la Opera, un saco en el que habia un objeto pesado, cerca de un rastro de sangre. Despues de haber dudado si arrojar el saco en el empedrado, se decidió á abrirlo, y encontró en él una especie de pera de metal, armada de pistones en uno de sus costados. Algunos instantes despues, el cabo de policía Quinette recogia un poco mas lejos, casi en la esquina de la calle Laffite, una

pistola revolver de seis tiros cargados y cebados, y cuya caja tenia una mancha de sangre.

Estos dos cuerpos del delito fueron depositados en el gabinete médico de la Opera.

Entretanto, se vino á avisar á la administracion del teatro que se hallaba á la puerta reservada del mismo un hombre herido que se negaba á recibir curacion alguna. Tomados informes resultó ser un oficial de paz llamado Hebert, el cual, aunque gravemente herido por varios fragmentos de proyectiles, queria seguir su instruccion sobre un hecho de la mayor importancia.

Algunos minutos solamente antes del atentado, este oficial de paz habia encontrado en la esquina de la calle Le Pelletier y Rossini á un hombre en quien reconoció al punto á un italiano llamado Pieri, expulsado de Francia en 1852 y señalado hacia cuatro dias por un despacho del ministro de Francia en Bruselas, como habiendo llegado á París el dia 9 de enero, con otro sugeto con intencion de asesinar al Emperador. Conducido provisionalmente á un cuerpo de guardia, se encontró á Pieri una pistola revolver de cinco tiros cargados y cebados, un puñal, un billete de banco de Inglaterra de 20 libras esterlinas, una cantidad de 375 francos en oro y plata de Francia, y un pequeño cilindro de metal que debia ser una máquina mortífera, porque Pieri se apresuró á decir: «Tened cuidado con eso, porque podria ocasionar desgracias.»

Teníase, pues, sin duda alguna á uno de los asesinos, arrestado afortunadamente antes de haber podido tomar parte en el crimen. En breve se desubrió la pista de sus cómplices.

Mientras se hacian pesquisas por los alrededores de la Opera, entró un jóven en el momento del primer desorden en una de la salas de la fonda Broggi, dejándose caer en un asiento inundado de sudor el rostro, los ojos llenos de lágrimas, y dejando escapar palabras entrecortadas. Creyéndosele herido, se le preguntó con benevolencia la causa de su sentimiento, á lo que contestó en inglés que habia perdido á su amo. Ni su turbacion, ni sus agitaciones suscitaron la menor sospecha.

Pero en el momento en que SS. MM. II. salian del teatro aclamados por el gentío que les demostraba de esta suerte su satisfaccion por haberse salvado, habiendo entrado algunos agentes de policía y un magistrado en la fonda Broggi, repararon en la singular actitud de aquel jóven. Preguntáronle quién era, y dijo llamarse Swiney, y ser criado de un inglés. El acento italiano de este hombre, sus vacilaciones, su turbacion, el haberse descubierto por un mozo de la fonda en una escalera de la misma una pistola revolver de cinco tiros cargados y cebados que se averiguó pertenecer á Swiney, revelaron en él un culpable y se le arrestó. Este sugeto indicó vivir en la fonda de Sajonia Coburgo, calle de San Honorato, núm. 223. Encargóse á un comisario de policía que se trasladase á ella en la misma noche á las dos y media de la mañana, quien encontró acostada en la cama de Swiney á una jóven llamada Menager, que fue arrestada, si bien á poco despues se la dejó libre en virtud de una